

No sé si todos tenemos o sentimos la necesidad de la lluvia, pero todos tenemos y todos debemos sentir el deber de orar, el deber de elevar nuestro corazón a Dios. El deber de orar es el primer deber humano y cristiano, cuyo cumplimiento por desgracia se ha ~~rechado~~ echado en olvido. Muchas veces nos llenan de admiración esos espectáculos de los congresos eucarísticos, esas magnas procesiones y al contemplarlas uno no se resiste a decir "qué fe hay en el pueblo, qué fe hay todavía en el mundo". No vamos a decir que no hay fe, pero sí que no hay toda la que debía haber. Qué miseria, qué pobreza... esa en la que se desenvuelven muchas almas, muchísimas, la inmensa mayoría... qué pocas conciencias blancas... qué pocas conciencias limpias... qué pocos hombres libres de las amarras del pecado... Ante ese desbordamiento casi universal del pecado que esclaviza tantas almas... ante esa capitulación casi general de los hombres que no resisten a él... no será, se pregunta uno, no será que Dios cuando pide el cumplimiento de sus mandamientos que se de-an incumplidos, pide algo que es imposible, algo que se hace más que para el hombre?

Uno no cae en la tentación de pensar en eso porque por otra parte también es fácil ser conocedor de casos admirables de personas de toda condición, de toda edad, de todos los temperamentos que viven una vida moral integerrima, una vida moral intachable, combaten y salen victoriosos, luchan y triunfan de todas sus pasiones, resisten y son fieles a sus compromisos. La vida de estos últimos aunque sean una minoría es un testimonio indiscutible, evidente de la posibilidad del cumplimiento de todos esos deberes, de todos esos mandamientos que otros muchísimos no los pueden cumplir. Estos últimos constituyen la legión de los que en el día del juicio se levantarán en testimonio contra los prevaricadores...

Pero cuando se coge el Evangelio en la mano y se analizan los deseos de Cristo y se estudian sus consignas entre las que más se repiten y más se inculcan está precisamente el deber de orar y por otra parte uno se dirige a esos hombres que se arrastran por el cielo y pregunta qué rezan, si oran y escucha de sus labios la respuesta todo se explica, todo se comprende. Si aquello es verdad, si Cristo sabía lo que ~~se~~ decía no puede ocurrir más que lo que ocurre. Que el que no ora, se arrastra, cae, es esclavo del pecado. Qué poco se ora, qué poco se reza... qué mal se ora, qué mal se reza...

Cuantas veces consideramos el deber de orar, sobre todo nosotros los hombres, los que discurremos un poco, pero no todo lo que debemos e no una noñería... Es que tenemos un concepto demasiado elevado de Dios o de nosotros mismos para que podamos figurarnos a Dios jugando con nosotros e no juega una madre que le prueba a su niño... Es que Dios nos ha impuesto el deber de orar como un simple juego a que nos quiere someter para probarnos? Dios conoce nuestras necesidades, Dios sabe lo que nos hace falta... como no puede menos de saber si pensamos bien de él... Entonces porque no nos da lo que necesitamos? Porqué espera que le invoquemos?

Dios sabe lo que nos hace falta, Dios sabe lo que queremos, y sin embargo espera que le invoquemos porque Dios nos quiere tratar como lo exige nuestra dignidad de seres libres, dueños de su propio destino. El ha hecho el cielo por una parte y ha puesto por otra parte el infierno. Aquí en la tierra, en medio del cielo y la tierra nos ha puesto a nosotros. Puede ir al cielo, puede condenarse. Tanto lo uno como lo otro tiene, que ser obra de su libertad, fruto de su libertad... Qué respeto, qué delicadeza... El salto del cielo a la tierra es mayor que para que pueda darlo el hombre fiándose en su propia habilidad

pero sin embargo tiene a su alcance los recursos para salvar esa di-
tancia: es la oración: sin mi nada podeis, pedid y recibireis, llama-
d y se os abriera... orad siempre... Si Dios nos diera sin pedirselo
seria como si nos embarcara en un avión que aterriza solo en el cie-
lo. Ya no seriamos dueños de un trozo de tierra, ya la salvación no de-
pendria para nada de nuestra propia determinación. Precisamente para
tratarnos como hombres ha hecho Dios que tuviéramos que orar...